
1833: Los días aciagos

Concepción Lugo Olín
Ruth Solís Vicarte

Ahora que el cólera ha vuelto a ocupar la atención, resulta de interés conocer cuál fue la respuesta de los mexicanos en 1833, cuando, después de un larguísimo viaje, llegó a tierras americanas por el puerto de Nuevo Orleans para partir de este punto hacia el puerto de Tampico. Para ello —al igual que tantas otras cosas— creemos que no existe una fuente mejor que el *Diario Histórico de México* de Carlos María de Bustamante, que es el texto más largo que se conserva sobre los primeros años de México independiente.

Su autor, abogado, periodista, insurgente, diputado, historiador y, sobre todo, hombre político en el más exacto sentido de la palabra, dedicó la mayor parte de su vida —que fue muy larga—, a escribir. Principalmente, de todo aquello que él consideraba necesario para liberar a la patria del oscurantismo en el que la veía después de tres siglos de sojuzgamiento, lo que había provocado que se encontrara muy atrasada respecto al resto de las naciones, no dudando que cuando lo lograra alcanzaría un alto nivel por la riqueza de su suelo y por la calidad de sus habitantes. Sin embargo, por la forma en que se presentaron los acontecimientos los días posteriores a la consumación de la independencia política, Bustamante se volvió un crítico severo de la forma en que los diferentes gobiernos conducían a la joven nación, a través de impresos y publicaciones pe-

riódicas. Pero es sobre todo en su *Diario* donde da rienda suelta no sólo a sus críticas, sino a su desazón, al ver que, en su opinión, los asuntos públicos no marchaban como debieran.

En particular, cuando en 1833 la epidemia del cólera llega a México, ve al gobierno como el principal culpable de que esta enfermedad se extienda y permanezca durante tanto tiempo en el país, sobre todo en la ciudad de México a causa del caos, la insalubridad y la miseria que imperaba. En ese sentido, al leer su descripción sobre las inundaciones que padecía la ciudad, las inmundicias acumuladas y la falta de control por parte de las autoridades sobre el expendio de alimentos, pensamos en si esta situación ha cambiado mucho a pesar de los 150 años que han transcurrido.

Pero veamos lo que nos cuenta don Carlos María de Bustamante, día a día, sobre lo sucedido en México durante la pandemia de cólera en 1833.

El año de 1833 o el triunfo de la muerte

La principal preocupación de Bustamante en los primeros meses de este año, era dejar en su *Diario* un testimonio de la caótica situación que reinaba en el país, sin imaginar que tendría que hacer un paréntesis para narrar la historia de la que sería una de las epidemias

más devastadoras que se presentaron en México en el siglo XIX: la del *cólera morbus*.

Dos grupos antagónicos —liberales y conservadores— en su lucha por el poder tenían al país en estado de guerra. Para Bustamante, los responsables directos de esta situación eran los liberales, grupo al que pertenecían el entonces presidente Antonio López de Santa Anna y el vicepresidente Valentín Gómez Farías (para don Carlos, Gómez Furiás), personajes a los que considera el vehículo a través del cual el cielo está castigando a los mexicanos; a unos, por participar en la guerra al lado de los liberales y, a otros, simplemente por pecadores.

A principios del mes de julio, cuando las noticias sobre la entrada del cólera al país aumentan, todavía le parece un mal peor la revolución porque “produce males incalculables en todos los ramos de la sociedad”.

Bustamante clama justicia

Cólera y guerra se convertirán en los actores principales de su *Diario*. El primero desempeñará el papel de látigo vengador y será además el aliado de los conservadores, ya que con su aparición los tiranos que gobiernan —los liberales—, darán marcha atrás a todas las reformas dictadas en contra de la Iglesia, la educación y el ejército, así como en las leyes de expulsión de españoles y de proscripción de los mexicanos considerados opositores al régimen. Por cierto, en la lista de proscritos figuraba Bustamante, quien se ve obligado a refugiarse en casa de un amigo que vivía en las inmediaciones de la ciudad. El autor pide a Dios despliegue toda su justicia, vengue estas infamias y así haga que los causantes de tantos males “mueran fulminados por el rayo del cólera”, para que de esta manera “vuelva a reinar la paz en la nación mexicana”.

Y, en efecto, parece que el terrible castigo pedido a Dios tan fervientemente se estaba cumpliendo. Se extendía la guerra y se extendía el cólera. Durante el mes de julio se multiplicaban en los periódicos las noticias, las sublevaciones y los avisos de bajas en los dos

bandos y entre la población civil, no sólo por la guerra, sino a causa del cólera. El miércoles 31 de julio, don Carlos escribe: “Hemos concluido con penas y amarguras el presente mes. ¡Dios nos consuele y alivie en el entrante!”. No imaginaba que era apenas el comienzo de una epidemia que abarcaría un amplio espacio geográfico y duraría un largo tiempo, cuyos efectos serían desoladores y que el cercano mes de agosto sería aún más congojoso —escribe—, ya que la Muerte en su recorrido triunfal se vería apoyada no sólo por el cólera y la guerra, sino por la miseria y el hambre. Tal pareciera, dice don Carlos, que se hubieran presentado los Cuatro Jinetes del Apocalipsis en el territorio mexicano.

A partir del día 29 de julio, fecha en que su esposa contrae la enfermedad del cólera, la narración se vuelve —podría decirse— “la crónica de una muerte anunciada”, la de los estragos del cólera en la ciudad de México, de los que fue no sólo testigo, sino también una de sus víctimas. En la portada correspondiente al mes de agosto, Bustamante escribe lleno de pesadumbre:

Este mes contiene la historia fatal del *cólera morbus* en México. Es como el libro de Ezequiel en el que sólo se registran duelos, lamentaciones y desgracias. Lector icompadécete de ellas y de las víctimas que ha hecho este azote terrible del Cielo! Algunas páginas están escritas con lágrimas de mis ojos... Teme a Dios y estremécete de su terrible juicio...

La capital de la República “causa pavora”. A través de las páginas del *Diario* es notorio cómo esta epidemia fue modificando la ya alterada vida cotidiana de los habitantes de la ciudad de México. Tenían que deambular en busca de alimentos y de medicinas ya que muchos comercios habían cerrado por la escasez y por el alto costo de los productos de primera necesidad, o bien por la muerte de sus dueños y dependientes; otros, como los boticarios, habían encarecido al máximo los medicamentos. Las diversiones, de las que tanto gusta-

ban los mexicanos, como el teatro, las peleas de gallos, las corridas de toros, se cambiaron por manifestaciones de religiosidad. Había frailes y sacerdotes por doquier administrando el sagrado viático a los moribundos y en lugar de elegantes carruajes, la ciudad era transitada por carretones conduciendo cadáveres a los cementerios. Las hojas volantes de tema político, ahora contenían la novena a San Roque contra la peste y las últimas recetas contra el cólera; consideradas como infalibles, se vendían más que los periódicos con las noticias de la guerra.

¡Señor, fulmínalos con el rayo del cólera!

Aunque parezca contradictorio, don Carlos que anhela la paz pide a Dios mande el “regalito del cólera”, no sólo a los soldados, sino también a los dos generales: a Mariano Arista que lucha en nombre de los conservadores y a Santa Anna, representante de los liberales y presidente de la República, porque con su muerte —dice— “¡qué de bienes resultarían a este pueblo!” Sobre todo con la de Santa Anna “que causa tantos males a su Patria”.

Como si su ruego hubiera sido escuchado, el día 11 de agosto escribe: “...Son las 8.30 de la noche. Sabemos, a no dudarlo, que el cólera morbus atacó a Santa Anna en Salamanca,”

El gusto no le dura mucho a don Carlos ya que, enseguida, comenta que: “...fue curado con un pedazo de adobe desleído en agua”.

Se consuela diciendo que, por cierto, es una “...receta con la que se curan los payos.” De payos o no, el caso es que Santa Anna no muere. Sin lugar a dudas se salva o bien porque no era cólera, o gracias a su fortaleza física, y no por la receta que le suministraron.

Dentro de las muertes que Bustamante desea para el bien y la tranquilidad del país, se cuenta por supuesto la de Gómez Farías, vicepresidente de la República. El no muere, pero sí su pequeña hija de tres años. Al enterarse, hace el siguiente comentario: “Ojalá y este golpe sea motivo para que cambie su conducta

y dé libertad a tantos infelices que hace gemir en las prisiones...”

El castigo divino alcanza a los “léperos”

La epidemia de cólera puso al descubierto el grado de insalubridad en que vivían los habitantes de la ciudad, situación que se agravaba en los diferentes barrios de la periferia por el grado de inmundicia, hacinamiento y miseria en la que vivían sus habitantes, razón por la cual en estas zonas el cólera causó el mayor número de víctimas.

Sin embargo, para don Carlos, la presencia de la muerte en esos barrios no era más que la justa manifestación de la ira divina, ya que sus habitantes —llamados léperos—, en la asonada de 1828, armados por los yorkinos —ahora liberales—, se dedicaron a saquear la ciudad, comenzando por El Parián, el mercado más importante, ubicado en la parte sur del actual Zócalo, causando el pánico durante varios días y persiguiendo en particular a los llamados “hombres de bien”, es decir a los conservadores.

Es justo decir que Bustamante hacía una clara diferencia entre *léperos* y *pobres*. Aquéllos son los que ahora se les llamaría “lumpen”. El pobre es digno de respeto y de comprensión porque vive “en la desnudez e indigencia”; el gobierno no se ha preocupado por darle “una educación moral y política”, por lo que “no es posible que cuiden de sus personas”. Para Bustamante, “el hombre en sociedad debe disfrutar de ciertos goces de la vida para que la sepa conservar”.

Los panteones se llenan de pecadores

La justicia divina empieza a alcanzar no solamente a sus enemigos políticos, sino también a los pecadores. En pocos días, el índice de fallecimientos aumenta entre los bebedores, los golosos y los lujuriosos.

Los primeros mueren no precisamente por tomar agua, sino “por la fea costumbre del

mexicano de tomar bebidas espirituosas”, en especial el pulque. Bustamante nos cuenta que este embriagante líquido llega a los expendios ya corrompido y, como si esto fuera poco, todavía se mezcla en las tinajas con sedimentos de muchos días.

Respecto a esto, Bustamante recuerda que cuando se quemó la pulquería de un tal Juan Carbonero, por no haber agua para apagar el fuego, utilizaron precisamente dichos sedimentos, los cuales contenían carne podrida de perros, lo que ocasionó que se apestaran todos los circunstantes. (Creemos que aquí debe leerse *mirones* y que entre ellos seguramente se encontraba el autor del *Diario*.) También trae a la memoria otro hecho ocurrido en 1810, cuando durante el juicio seguido a un tabernero que hacía “un excelente vino de color y de sabor” se comprobó que usaba “nalgas de cadáver”, las cuales le eran proporcionadas por el sepulturero de Santa María. Concluye estas remembranzas diciendo: “¡Tan miserables somos en nuestros placeres...!”

Otro pecado que comienza Dios a castigar a través del cólera, es el de la gula. Como es lógico para este mal no había nada peor que la comida y sobre todo el hartazgo, por lo que mueren los que no estaban dispuestos a corregir este vicio. Bustamante relata: “Ayer hubo una comilona en casa de don Fernando Alvarez, rico mercader, y hoy han amanecido 8 de la familia apestados...”

De esta manera vemos cómo, poco a poco, el castigo se va extendiendo a todas las capas de la sociedad, incluyendo por supuesto a los miembros de la Iglesia, en especial los frailes, quienes, a decir de Bustamante, son adictos al pecado de la gula. Uno de los primeros en pagar con su vida fue el padre guardián de San Francisco, a quien Bustamante describe como:

...un frailazo muy gordo, de gran papada, goloso, pero de buen corazón. Murió después de haberse soplado —así lo dice Bustamante— 14 quesadillas de pipián, en la reja de las monjas de San Juan de la Penitencia; quesadillas que no las digeriría ni un elefante.

Como extraña coincidencia muere también el capellán de dicho convento. “Era un personaje con aspecto de ermitaño... gran calva y no menos joroba; ojos hundidos, nariz luenga y apericada. Acostumbraba comer una buena ración diaria de fruta sin que le costara medio real, pues a cambio se dedicaba a bendecir cada canasta, o puesto de frutas, del mercado.”

Por último, otros pecadores que pagan con su vida los placeres carnales, son los lujuriosos. Bustamante cuenta que se sabe de cierto que los soldados de Santa Anna, es decir, los del bando de los “malos”, han muerto en el acto de fornicar: “Se ha sabido de un coronel que quedó muerto junto con su manceba”.

Fue a partir de este caso que *El Telégrafo*, periódico oficial, confirmó que los lujuriosos morían del cólera indefectiblemente.

El gobierno, la iglesia y la ciencia luchan contra el cólera

Día con día, el cólera continuaba cobrando nuevas víctimas entre los sectores, independientemente de su filiación política, de sus creencias religiosas, o estrato social. Para vencer al cólera, unieron sus fuerzas el Estado, los científicos y la Iglesia.

El gobierno cooperó emitiendo una buena cantidad de bandos, en unos pedía la práctica de ciertas normas de higiene, en otros, anunciaba la necesidad de tomar medidas drásticas, tales como tirar toda la fruta que llegaba a la ciudad. Además, como los alimentos y bebidas se consideraban entre los agentes principales para contraer este mal, se ordenó visitar las tabernas y las carnicerías porque se sabe —dice don Carlos— que en México se consume carne de gato, de burro y hasta de caballo. Asimismo quedaron prohibidas las fumigaciones con estiércol, que se habían venido practicando y que se tocaran las campanas a muerto, a agonía o a vacantes y que el Divinísimo saliera con campanilla. Esta última medida, que sin lugar a dudas era muy razonable, Bustamante la vio como un nuevo ataque en contra de la religión.

Los científicos realizaron algunos experimentos buscando determinar las causas de la enfermedad. Entre los primeros que se practicaron, se cuenta la autopsia de dos cadáveres de coléricos del hospital de San Andrés, a los cuales se les encontró “agangrenados los intestinos”, por lo que este mal fue definido por los científicos —según Bustamante— como “una instantánea gangrena de los intestinos por la diseminación activa de la bilis”. En este sentido, no estaban tan errados, ya que sí provoca una necrosis del intestino delgado.

Por su parte, unos colegas de Minería, con el fin de determinar el grado de contaminación de la atmósfera, lo cual se consideraba otro posible agente propagador del cólera, echaron a volar un gran papalote al que le pusieron un pedazo de carne cruda; al bajarlo unas horas después, estaba corrompido por completo.

Hasta aquí llegaron los experimentos de la ciencia. Veamos ahora con qué recetas se contaba para la prevención, o bien para la cura. Entre la variedad que circulaba, Bustamante transcribe una de ellas por ser, a su juicio, la más eficaz. Era la receta que el médico Martínez utilizaba para curar desde la prisión donde se encontraba, primero, a sus propios guardianes y, después, a petición de ellos mismos, a todo aquel que lo solicitara.

Este médico era uno de tantos españoles presos en la cárcel de la Inquisición en espera de salir expulsados del país, justo con muchos mexicanos que iban al exilio, entre los que se contaba Mariano Michelena y el coronel Eulogio, hijo de don Jacobo Villaurrutia. La eficaz receta consistía en tomar:

...una taza de atole frío con medio limón exprimido en el acto de sentirse con el dolor de estómago, basca, o dolor de cabeza y calambres en las piernas, con algún escalofrío, que son sus síntomas precursoros. Después se daba una friega con cepillo; lo mejor y más seguro, usar la friega con aceite de Mattuolo y tintura de mostaza. Se arropa perfectamente al enfermo, cuidándose muchísimo el sudor... En tres días no debe tomar más que atole

tibio. Pasado este tiempo, comenzará a tomar sopa, pero no caldo, porque produce indigestiones y puede haber recaída.

Por cierto, esta receta la transcribió Bustamante al pie de la letra para legarla a la posteridad, pero con la ferviente esperanza de que jamás tuviéramos que usarla.

Como complemento a su receta, el médico Martínez hacía varias recomendaciones sobre la vivienda, el alimento y el vestido. Respecto a la vivienda proponía:

...no dormir más de dos personas en un cuarto y temprano ventilar y fumigar la casa con vinagre alcanforado, puesto en una olita y éste en un bracerillo portátil con una porción de fuego. Esta fumigación es preferible en esta epidemia al cloruro o cualquier otra, según la experiencia lo acredita.

De la alimentación decía que había que comer:

Buenas carnes, pocas frutas, o ninguna, ni queso, ni leche, sino te o agua de manzanilla caliente... olvido absoluto del chile, el pulque y bebidas espirituosas.

Y en cuanto a la ropa:

Usar calzoncillos y camisa de balleta o franela, teniendo cuidado de frotarse el pecho y vientre al tiempo de acostarse y levantarse... Cuando esta enfermedad da con calentura fuerte, entonces es curable. “El sudor caliente es bueno y el frío es maligno”.

Como es fácil apreciar, estas recomendaciones resultaban imposibles de seguir por una parte de la población.

Otro método curativo consistía en usar un parche preservativo inventado por los padres de La Profesa, a quienes el gobierno de inmediato les prohibió su venta, dejándolo en manos de los boticarios. El parche se componía de “cera de marqueta, brea y copal”. Bustamante

y toda su familia traían uno. Algunas de estas sencillas recetas, que parecían accesibles a todos los bolsillos, se convirtieron por el aumento de precios en inalcanzables. No faltaron comerciantes y boticarios que literalmente, en este mes, hicieron su agosto. Don Carlos dice que estos:

...caritativos prójimos han encarecido todo extraordinariamente: el parche preservativo lo han vendido a real y a real y medio; a peso la libra de mostaza, a seis reales la onza de láudano.

Con el paso de los días los limones siguieron subiendo de precio, "...al agrado de que hoy amaneció la docena a seis reales".

A pesar de la profusión de recetas, bandos y de los experimentos, la muerte continuaba su recorrido triunfal; y, entonces como ahora, se negaba la verdad acerca de la magnitud del problema. Los médicos del gobierno afirmaban que el número de víctimas había disminuido, pero Bustamante dice: "Mis ojos no ven sino cadáveres en las calles hacia el campamento. Y no oigo más que plegarias en las iglesias..."

Cuando termina la ciencia empieza la devoción

Ante el fracaso de los remedios, dietas y recomendaciones, la población recurrió a la religión. La fe aumentaba en la misma proporción que el cólera; así, las procesiones "tumultuosas" se vuelven actos cotidianos para implorar la misericordia divina y el perdón de los pecados. Las calles eran recorridas por los fieles llevando en andas a los santos considerados como "influyentes" en este tipo de males.

Una de las primeras imágenes en salir fue la de San Roque, abogado de la peste; fue llevado desde San Francisco hasta la catedral, acompañado por una multitud que iba cantando la letanía de los santos.

Sin esperar el resultado, Bustamante cuenta que ese mismo día se anunció un novenario

para el domingo siguiente dedicado al milagroso Señor de Santa Teresa, el cual iría acompañado por la no menos eficaz imagen de Nuestra Señora de los Remedios; ambos serán en el lapso que duró la epidemia, los actores principales de estas procesiones.

Fueron tan impresionantes estas expresiones de religiosidad, que Bustamante imprimió un folleto en el que describe la salida del Señor de Santa Teresa, acompañado por la virgen de los Remedios y por la imagen de la Dolorosa de La Profesa; esta procesión —dice— alcanzó el grado de apoteosis, porque participaron, además de la multitud de costumbre, las hermandades de las "santas escuelas" y las corporaciones de cocheros de todas las parroquias portando sus estandartes ricamente adornados, junto con las terceras órdenes.

El mes sigue su curso y el cólera también. El miércoles 21 de agosto ya se habían enterrado un total de 1 200 personas tan sólo en uno de los panteones de la ciudad, por lo que los capitalinos dirigen sus ruegos a otras imágenes buscando afianzar sus peticiones y garantizar que sus ruegos fueran escuchados. Así, entra en escena Nuestra Señora de la Merced de la Soledad de Santa Cruz, virgen que era venerada en uno de los barrios más afectados. A partir de ese momento, en las procesiones —al igual que en la política— las imágenes de santos, vírgenes y cristos se turnan la presidencia, para que sea otro el que tenga la responsabilidad de interceder ante Dios para que ponga fin a esta epidemia.

Resultaría muy largo enumerar todas las ceremonias religiosas que llevaron a cabo los desesperados y desamparados habitantes de la capital, sin sospechar que con estos actos favorecían la propagación de la enfermedad.

El cólera no respeta ni a los hombres de bien

El cólera, que comenzó arrasando los barrios de la ciudad, ahora —dice Bustamante—, "se ha trepado a las casas de los grandes, dejando los tugurios". La muerte ya no respeta ni a ricos, ni a pobres, ni a políticos, ni a eclesiásti-

cos, ni a profesionistas, ni a burócratas... ni a los amigos de don Carlos. La presencia de la muerte se siente por todas partes, a grado tal que: "Ya no se puede salir a la calle sin oír nuevas terribles de los amigos y personas respetables..."

Una de las muertes que mayor dolor le causó fue la de su viejo amigo don Jacobo de Villaurrutia, quien al momento de morir se encontraba en la miseria por haber sido despojado de su puesto. Además, falleció sin poder tener la dicha de ver a su hijo, el coronel Eulogio, por estar —como ya se dijo— preso en la cárcel de la Inquisición junto con otros opositores del régimen.

También la muerte de Juan de Dios Rodríguez, "hombre siempre risueño y benévolo", le impresionó de manera especial, porque "...el día anterior oyeron misa juntos en la novena de Nuestra Señora de los Remedios en Catedral y a las 24 horas [don Juan de Dios] ya estaba viendo a la virgen en el cielo..."

El rayo del cólera alcanza a Bustamante

Al fin termina el aciago mes de agosto. Al iniciarse el siguiente, don Carlos escribe:

Mes de septiembre. Calamidad de toda especie. Pasamos el mes de agosto entre angustias y tribulaciones. ¿Será éste el pan con que nos alimentamos en el presente mes? ¿Sobreviviremos a él? He aquí la terrible duda que nos atormenta...

Dos días después, Bustamante sería atacado por el terrible mal y, gracias a la pasión que tuvo por escribir, ahora tenemos una valiosa descripción, paso a paso, de los síntomas y desarrollo de la enfermedad, narrada no por un médico, sino por el enfermo mismo, escrita bajo la terrible presión del terror a no sobrevivir.

El día 2 de septiembre, anota: "Son las 2 de la tarde y me retiro a la cama herido del cólera morbus; me ataca la cabeza, eructo acedo, me flaquean los pies, que tengo frigidísimos." Este

mismo día lo concluye dirigiendo una súplica a Dios, no porque le tema a la muerte, sino porque dejaría a su familia en el desamparo: "Buen Dios, compadécete de mi familia, que si tú no me proteges quedará en la orfandad." El miércoles 4, escribe: "En cama, a pesar de esto sigo como puedo *mis apuntes*". Y el jueves 5, ya han pasado tres días de su enfermedad:

...En cama muy débil. Me ha atacado el sistema nervioso y no puedo mover el brazo izquierdo. La noche la he pasado entre dolores agudísimos. He tenido algún alivio con el bálsamo anodino, mezclado con aceite de almendras.

Del viernes 6 al domingo 8, sólo tiene aliento para anotar: "...sigo en cama muy débil..."

Por otra parte, hasta su lecho de enfermo recibe con angustia las noticias de la guerra y de los estragos del cólera, aunque ésta ya ha empezado a declinar. Para colmo de sus males, el miércoles 11 su esposa vuelve a enfermar; pocos días después ambos sanarán.

Bustamante pide clemencia

Si en un principio la peste fue considerada por Bustamante como un mal justo y necesario, ahora, a punto de finalizar el mes de agosto, cuando ya las víctimas en la ciudad de México llegaban a siete mil, se siente culpable y pide perdón y clemencia a Dios: "Señor, dispensa mi importunidad, acuérdate de tu misericordia..."

Y como si esto le pareciera poco convincente, agrega: "¡Oh buen Dios! ¿Hasta cuándo te moverá a lástima tu pueblo?"

Al fin, el cólera abandona la ciudad de México y se dirige hacia los pueblos y rancherías de la costa del Golfo. Bustamante, como tantas otras veces, será capaz de ver el lado positivo que ha tenido la epidemia de cólera. Así, por ejemplo, en cuanto a la familia, dice que ha servido: "...para que en todas las casas se viva con mucha sobriedad; sólo se come arroz y muy poca carne..." En su casa, a las 12 del día se reúne la familia, todos rezan a coro las oracio-

nes de los dolores de Nuestra Señora, las de las llagas de Nuestro Señor Jesucristo y el rosario de la buena muerte. Por lo común este acto piadoso y devoto termina con llanto.

También para la amistad ha sido beneficio ya que: "Por la mañana, los amigos se abrazan y felicitan por haber amanecido con vida y sienten en este acto, la misma dulce sensación de los habitantes de la Noruega cuando el sol comienza con su crepúsculo a alumbrar aquel helado país."

Y por lo que se refiere al comportamiento de los vecinos de la ciudad de México, dice que:

Día vendrá en que esta época de tormenta se mire como una época de oro, en que se acrisolaron las virtudes porque Dios mostró su justicia... Estos días, en fin, semejan a los de la primitiva Iglesia, en que la persecución de los tiranos reunía a todos en un espíritu de caridad y paciencia y, animados de él, obraban maravillas.

A manera de conclusión

Al leer en el *Diario Histórico* la narración que sobre los tiempos del cólera nos legó don Carlos María de Bustamante, desde la perspectiva del tiempo transcurrido, por los cambios habidos en la forma de expresión en el lenguaje escrito, por el avance en la medicina, en un primer momento nos cause risa. Así, al leer

que "el malo por excelencia —Santa Anna—, se haya salvado de morir por haber tomado 'un adobe disuelto en agua'"; el que la receta, por demás ineficaz, de un médico español se vuelva un *best seller* de la noche a la mañana, ya que de su receta se tuvieron que imprimir 20 mil ejemplares. El que dos frailes glotonos enfermaran de cólera; uno, por comer 14 quesadillas y otro por atragantarse de fruta; o bien, que a los lujuriosos los atacara una especie de "cólera fulminante", ya que morían en el acto de fornicar, es lógico que nos dé risa.

Pero al recapacitar sobre lo que nos ha contado tan minuciosamente, si pensamos en las carretas cruzando la ciudad, llevando incesantemente un cúmulo de cadáveres a los panteones; las procesiones de una iglesia a otra, con una multitud rezando en voz alta; las campanas de catedral doblando a muerte sin cesar, a pesar de haberlo prohibido las autoridades; el sonido de las campanillas anunciando el paso del viático y, si se agrega a todas estas manifestaciones exteriores, el duelo que había en cada casa, ya sea por la muerte de un pariente, de un vecino, o de un amigo; la escasez y la carestía de alimentos, al grado de que Bustamante, en un acto de caridad comparte con unos vecinos pobres el único limón con el que contaba su familia, no nos queda duda alguna sobre el intenso drama que los habitantes de la ciudad de México vivieron en esos días que —como dice Bustamante—, fueron verdaderamente aciagos.



Pegaso de Bellas Artes.



Glorieta del Caballito.